

## *Entre el poder y el padecer: un estudio sobre la construcción social de la violencia masculina*

Martha Alida Ramírez Solórzano

Instituto Nacional de las Mujeres, México, D.F.

«El hombre, cuyas dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar y dará a la mujer protección, alimento y dirección, tratándola siempre como la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo y con la magnanimidad y benevolencia generosa que el fuerte debe al débil, esencialmente cuando este débil se entrega a él y cuando por la sociedad se le ha confiado.

La mujer, cuyas principales dotes sexuales son la abnegación, la belleza, la perspicacia y la ternura, debe dar y dará al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y defiende»

Fragmento de la Epístola de Melchor Ocampo (1857).  
Documento que tradicionalmente se leía en México en la  
ceremonia civil de las uniones matrimoniales

### *Introducción*

Para muchos hombres hoy en día, ser hombre aún tiene una importante asociación de poder y control sobre las mujeres, especialmente con las más cercanas, como la pareja, la madre, las hijas o las hermanas para influir en sus decisiones, deseos, forma de ser y comportarse. Gran parte de su prestigio y el valor de su imagen está centrado en la obediencia y la subordinación femenina. Esta asociación de ideas y creencias llevadas al extremo, en reiteradas ocasiones deriva en prácticas de violencia, ocasionando daño no sólo físico, sino también psicológico, sexual, económico y patrimonial tanto en las mujeres, como en los hijos e hijas y en ellos mismos.

Desde 1994 en diversos foros internacionales se planteó la necesidad de realizar trabajo con los hombres para avanzar en la equidad de género; sin embargo, la puesta en práctica ha sido lenta. La primera recomendación se realizó en la Conferencia internacional sobre la población y el desarrollo en El Cairo. Un año después, en la IV Conferencia mundial sobre la mujer celebrada en Beijing en 1995, se alentó a los hombres para que participaran en acciones para garantizar la igualdad entre mujeres y hombres. En el año 2000, de manera simultánea a la Declaración del Milenio,

se resaltó que los hombres deberían compartir con las mujeres la responsabilidad de promover la igualdad de los sexos, y abatir la persistencia de los estereotipos de género. En 2003, en la reunión “El papel de los hombres y jóvenes en el logro de la igualdad de género” de la División para el avance de la mujer de las naciones unidas, por primera vez se reflexionó y debatió a escala intergubernamental el papel que desempeñan los hombres en el fomento de la igualdad (BONINO L. 2008: 22).

En México, los esfuerzos legislativos por sancionar la violencia contra las mujeres han sido importantes en los últimos veinte años. Actualmente se cuenta con la Ley general para el Acceso de las mujeres a una vida libre de violencia, la cual fue emitida por el Poder legislativo en el año 2007. Esta ley reconoce cinco tipos de violencia, referidos a las formas que lesionan y dañan la dignidad, integridad o libertad de las mujeres; éstas son: violencia física, sexual, psicológica, económica y patrimonial. También se establecen ocho modalidades de la violencia, que se refieren al ámbito de ocurrencia; es decir, el contexto social donde ésta sucede, así se señalan: la violencia familiar; la violencia laboral y docente, y dentro de ésta se considera el acoso y el hostigamiento sexual; la violencia en la comunidad y la violencia institucional. Un avance importante de esta ley es que reconoce la violencia feminicida, «como una forma extrema de violencia de género contra las mujeres, producto de la violación de sus derechos humanos, en los ámbitos público y privado, conformada por el conjunto de conductas misóginas que pueden llevar impunidad social y del Estado y puede culminar en homicidio y otras formas de muerte violenta de las mujeres». (Diario oficial de la federación, 2009: 7). Es importante señalar que anteriormente a esta ley, la legislación nacional y local estaba centrada en la violencia que sucedía solamente en el ámbito familiar, además de que con esta ley el Estado se responsabiliza de salvaguardar los derechos humanos de las mujeres. Cabe destacar que actualmente la totalidad de las entidades federativas del país ya cuentan con una ley similar.

Un aspecto importante que contempla esta ley respecto a los hombres agresores, es que incluye como parte de la sentencia, que éstos participen en servicios reeducativos integrales, especializados y gratuitos. Las instituciones públicas deberán crear programas de reeducación y reinserción social con perspectiva de género. A las entidades federativas y a los municipios se les conmina a impulsar programas reeducativos integrales para agresores. Sin duda, esto es un avance en México en el campo legislativo que plantea nuevos desafíos tanto en la investigación como en la intervención pública. El flagelo de la violencia en contra de las mujeres se hace más visible cada día y con ello la complejidad de su tratamiento, prevención y erradicación.

En este trabajo partimos de que la violencia es un constructo sociocultural de amplio espectro histórico, con un complejo entramado estructural, que si bien muchas veces se cree que es natural y normal, no lo es. En este sentido, una primera conclusión a la que llegan la mayoría de las y los estudiosos en el tema (ARENDR H. 1970, GENOVÉS S. 1973, KAUFMAN M. 1989, CORNWALL A. - LINDISFARNE N. 1994, CORSI J. 1994) es que su erradicación conlleva necesariamente la transformación de toda una cultura que está sumergida en la desigualdad e inequidad de género, con una profunda y arraigada discriminación hacia lo femenino y un miedo de la sociedad en su conjunto – aunque mayoritariamente de los hombres – a la autonomía y libertad de decisiones de las mujeres.

Aún cuando la literatura antropológica tiene una amplia trayectoria en la producción etnográfica que da cuenta de la construcción social de mujeres y hombres en diferentes contextos socioculturales que enfatiza el papel de éstos en determinadas sociedades y en donde el estudio de la sexualidad es un aspecto crucial de dicha construcción, el estudio de los hombres en relación a la violencia que ejercen en el ámbito familiar en contra de su pareja aún es incipiente, especialmente en México. De aquí el interés por investigar y discutir la construcción social de los hombres que ejercen violencia en el México urbano contemporáneo desde una perspectiva relacional y no como sujetos aislados anómalos o disfuncionales.

### *Entre el poder y el padecer: la construcción de una masculinidad violenta*

Desde los estudios de género, el camino que proporciona mayores posibilidades de análisis para indagar cualitativamente la problemática de los hombres que ejercen violencia, es el campo de estudio de las masculinidades, cuyos planteamientos teóricos- metodológicos aún están en discusión, lo que permite aportar elementos al análisis y ampliar los temas de debate. En México, actualmente existe un amplio interés en temas como poder, desarrollo, políticas públicas, identidad sexual, globalización y ciudadanía, además de violencia de género (CAREAGA G. - CRUZ S. 2006).

En la revisión clásica del concepto de masculinidades, llama la atención lo que propone Connell cuando señala que la masculinidad encierra «procesos y relaciones por medio de los cuales los hombres y las mujeres llevan vidas imbuidas en el género. La masculinidad es al mismo tiempo, la posición en la relaciones de género, las prácticas por los cuales los hombres y las mujeres se comprometen con esa posición de género y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y la cultura»

(CONNELL R. W. 1997: 35). Esta conceptualización es muy amplia ya que están referidos, procesos, posiciones en las relaciones de género, prácticas y los efectos de éstas.

Por su parte, Kimmel la define como el «conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros y con nuestro mundo. La virilidad no es estática ni atemporal; es histórica; no es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos, es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas» (KIMMEL 1997: 1). Ambas definiciones se complementan ya que mientras Connell enfatiza el sentido relacional de los géneros en término de procesos y relaciones, las prácticas a las que se compromete cada uno de los géneros y los efectos de éstas (en la dimensión corporal, de la personalidad y la cultura), Kimmel destaca la variabilidad de los significados que se construyen a partir de las relaciones sociales (consigo mismo y con los otros a quienes interpreto como otros hombres además de las mujeres). Pone especial cuidado en señalar que no se trata de la manifestación de una esencia interior devenida de componentes biológicos, sino más bien en la construcción social, creada en determinada cultura con diferenciación espacio-temporal. En este punto, diferentes autores(as) (CONNELL R. W. 1997, KIMMEL M. 1997, GUTTMANN M. 2000, LINDISFARNE N. 1994) coinciden en que la construcción social de los hombres varía históricamente y de un contexto cultural a otro, por lo que no se podría hablar de una sola forma de ser hombre, válida en un sentido generalizante. En contraste, proponen hablar de las masculinidades debido a que los registros culturales de género masculino advierte características propias en cada contexto social.

De estos planteamientos coincido en que la masculinidad, así como la feminidad, son construcciones sociales en donde cada cultura le otorga significados específicos a cada uno de ellos y responden a una temporalidad. Para manejarlo con mayor precisión prefiero partir de una perspectiva emic; es decir, lo que los informantes asociaron con la imagen de ser hombre. Además de la heterogeneidad de las experiencias masculinas y de sus variaciones de una cultura a otra, éstas también pueden cambiar al interior de una sociedad según características de los sujetos como la clase, etnia y edad (CARRIGAN T. - CONNELL B. - LEE J. 1992). Además, una misma masculinidad es cambiante en los diferentes ciclos de vida de un mismo sujeto (niño, adolescente, adulto y anciano) en las que se construyen particulares relaciones inter e intragenéricas. Aún cuando la construcción de las masculinidades encuentra estas variaciones, el presente estudio encon-

tró en su análisis los siguientes elementos que configuran una masculinidad predominante de ser hombre: la heterosexualidad, una división sexual del trabajo, centrada en la realización del trabajo remunerado en el ámbito público con un desempeño como proveedores económicos de la familia; un alejamiento de la esfera doméstica y el trabajo que ello implica “labores domésticas, crianza, educación de hijos e hijas, cuidados de salud, entre otras” y, una búsqueda permanente del dominio masculino sobre el femenino apoyado en la desigualdad de derechos.

Un aspecto crítico en la conceptualización del género es la cuestión del poder. A partir de éste se ha buscado integrar el conflicto como una forma de acercamiento a la realidad que reconoce la existencia de intereses y posiciones que animan la búsqueda del dominio de un género sobre otro, el cual no es unidireccional del hombre hacia la mujer, sino que varía conforme a la posición que ocupe el sujeto en relación a los demás. Frente al varón adulto, muchas veces la mujer aparece como subordinada pero frente a los niños y las niñas, ella puede ejercer poder sobre éstos. La búsqueda del dominio está presente entre varones y mujeres de una misma o diferente generación que se ejerce desde diferentes posiciones dentro de las relaciones sociales. El poder está en las relaciones intergeneracionales, intra-generacionales y generacionales; las posibilidades de ejercerlo está asociado a las diferencias en la posición de la jerarquía social que pueden variar en el tiempo y según las condiciones específicas de las relaciones sociales.

El poder se ejerce desde diversos ámbitos, con diferentes recursos y en determinados momentos bajo un sistema de diferenciaciones (FOUCAULT M. 1988). Sin duda, la forma más radical de ejercer el poder en las relaciones sociales es a través del uso de la violencia, la más común y evidente es la fuerza física y la sexual, pero también puede usarse, como señala este autor, los efectos de la palabra o la limitación de las libertades y autonomía “violencia psicológica” o el dominio económico “violencia económica y patrimonial”. Todas ellas sustentadas en prácticas institucionalizadas que pueden encontrarse en las disposiciones tradicionales, como las estructuras jurídicas y la costumbre, como sucede en las relaciones familiares donde las jerarquías – según edad y sexo – están claramente separadas y mantienen una posición piramidal.

Es necesario ampliar la visión que ha prevalecido en algunos estudios sobre violencia conyugal, donde sólo se toma en cuenta el ejercicio del poder masculino y la consecuente subordinación femenina que en ocasiones ha derivado en una perspectiva ontológicamente positiva para las mujeres y negativa por oposición para los hombres, como sucedió en los movimientos de liberación que generaron una imagen unilineal en el ejercicio del

poder (GOMÁRIZ E. 1992: 101). Por ello, podemos decir que las relaciones de poder a lo largo de la construcción social masculina y femenina son cambiantes. Ambas figuras tienen la posibilidad de ejercerlo y variará según la posición que ocupe dentro de las jerarquías y por la situación específica que tenga en determinado momento de su vida.

Lejos de victimizar a las mujeres, es preciso señalar que las relaciones de poder son problemáticas no sólo para éstas sino también para los hombres. Al respecto de las sujeciones que pueden experimentar ellos a lo largo de su vida en sociedad, coincido con las antropólogas (CORNWALL A. - LINDISEARNE N. 1994) en que el poder en los hombres no es estático por lo que no siempre y en toda circunstancia son dominadores, sino que pueden haber situaciones en que éste sea débil o subordinado. Así, los hombres antes de ser agresores – me refiero a su etapa de niñez y adolescencia – a menudo viven relaciones asimétricas donde ocuparon posiciones subordinadas en la escala social lo que más tarde formará parte de sus representaciones del poder basado en las jerarquías. Los hombres al igual que las mujeres, son parte de una conformación social, donde con frecuencia se tuvieron posiciones subalternas y padecieron formas de subordinación, especialmente en la familia de origen. Las niñas y los niños al ser considerados con frecuencia carentes de madurez, muchas veces vivieron imposición de voluntades con autoritarismo y violencia. En los niños, desde edad temprana se va formando la promesa de que algún día serán adultos y podrán ejercer poder y violencia en contra de la mujer, los niños y las niñas. A partir de estas relaciones desigualitarias es que se va conformando una serie de creencias y valores que a lo largo de su historia personal se refuerzan mediante mecanismos sociales que permiten y toleran el ejercicio del poder masculino violento contra la mujer.

Una posible interpretación a la problemática de la violencia masculina en el ámbito doméstico, radica en considerarla como una construcción social en la que está presente la trayectoria del padecimiento de la violencia en etapas anteriores a la vida conyugal. Se inicia desde su más temprana socialización y en ella existe una combinación de factores de orden económico, de género y, a menudo, de consumo de alcohol que se amalgaman de manera compleja y dan origen a determinadas representaciones y prácticas sobre el comportamiento masculino y femenino.

Ante la complejidad y conflictividad de las relaciones de poder que los hombres viven desde su infancia, introduzco el análisis del padecer de la violencia, el cual permitió tener acceso a la trayectoria social de los hombres desde su temprano proceso de socialización, en donde por su situación de niños padecieron formas de abuso de poder. Abrir la dimensión

temporal de este estudio a etapas anteriores a la vida adulta, permitió tener una visión más dinámica del ejercicio del poder. Con ello se tuvo una mirada de conjunto sobre la problemática masculina y la forma en que vivieron y enfrentaron su malestar gestado en etapas anteriores a la vida conyugal.

Dentro de la antropología médica, el padecer ha estado asociado a la presencia de enfermedad. (KLEINMAN A. 1988) asocia este término a la experiencia humana del síntoma y el sufrimiento; lo empleó específicamente para conocer como la persona enferma, como viven y responden los miembros de su familia y su red social a los síntomas y la incapacidad derivada de una enfermedad. Uno de los límites de su planteamiento es que lo reduce a la presencia de una enfermedad con lo que el padecer se asocia más a una experiencia individual que a una dimensión social pautada culturalmente. En este sentido, la crítica de (YOUNG A. 1982) a este autor es que excluye en su análisis las relaciones sociales y por tanto, invisibiliza la distribución socialmente diferenciada del padecer en los diferentes conjuntos sociales. En este trabajo, dicho término tendrá una acepción más amplia como un esfuerzo por recuperar el conflicto y los sentimientos ambivalentes que los sujetos enfrentaron y les generó malestar en sus relaciones de género a lo largo de su trayectoria social.

En un primer momento, padecer la violencia se remite a la socialización primaria ubicada básicamente en la familia de origen y su entorno social más inmediato. El análisis de estos espacios permitirá profundizar en los contenidos de la violencia que enfrentaron los hombres cuando fueron niños, y el sentido que le otorgan a la relación paterna y materna, la verticalidad de las posiciones jerárquicas y la imposición de los criterios por medio del uso de la fuerza física. También permitirá acceder a los significados de cómo se iniciaron en el ejercicio de la violencia en el ámbito extradoméstico. Por ejemplo, el niño que se pelea por primera vez en la calle experimenta miedo, angustia, le sudan las manos, se le acelera el corazón y al recibir los golpes siente dolor físico; pero al golpear, también experimenta una sensación de triunfo porque sabe que se atrevió a enfrentar a su contrincante pese al miedo que sentía. Así, el padecer es una dimensión que permite acercarnos a un mosaico de complejas emociones y sentimientos desde el punto de vista del sujeto y desde su particular situación social. En suma, analizar el padecer de la violencia permitió conocer hasta qué punto en la trayectoria de los sujetos estuvo presente el ejercicio de la violencia dirigida hacia ellos, cuáles fueron sus representaciones al respecto, y cómo influyó en su formación como hombres y en las acciones violentas en contra de su pareja.

La experiencia del padecer de la violencia también estuvo asociada a la etapa del noviazgo y la vida conyugal, donde los sujetos intentaron imponer una determinada masculinidad caracterizada por la supremacía en la relación con la mujer por medio del poder y la violencia. Si bien el ejercicio de la violencia desde el noviazgo significó momentos de gratificación por sentir y creer que se tenía el mando de la relación, también los hombres experimentaron malestar. En estas etapas existió miedo al rechazo y abandono femenino; sentimientos de culpa por el daño causado; arrepentimiento, tristeza y frustración por la imposibilidad de establecer relaciones afectivas no violentas. También manifestaron malestar y ansiedad por tener que responder a las demandas sociales, como la de proveedor económico que en su imaginario constituye uno de los principales ejes de lo que significa ser hombre esposo.

El padecer permite conformar una triada compleja de la construcción de los hombres que ejercen violencia hacia la mujer en la relación conyugal: temporalidad, construcción de una masculinidad conflictiva y, búsqueda de la dominación masculina con la paradoja de placer/malestar. Recuperar la dimensión temporal en retrospectiva a través de la narrativa permite acercarnos al proceso de construcción de los sujetos, en donde el conflicto, la ambivalencia y los miedos entre el deber ser de una masculinidad que responda a los cánones socialmente establecidos y la propia historia de vida, son una constante que se cierne en la búsqueda de la dominación masculina sobre lo femenino, lo cual es el punto nodal en la construcción social de estos varones.

Asociado al padecer y al ejercicio de la violencia está la ingesta de alcohol. Aún cuando la violencia alcoholizada es un hecho común, la literatura muestra que se carecen de evidencias de que haya una relación directa entre el consumo de alcohol y el ejercicio de la violencia (NATERA G. - TIBURCIO M. - VILLATORO J. 1997: 788) ya que también se dan casos donde la violencia se ejerce sin alcohol y sujetos alcoholizados que no ejercen violencia. En este sentido, comparto la perspectiva de (MENÉNDEZ E. y DI PARDO R. B. 1988) respecto a que el alcohol es más un instrumento y no el causal de las violencias. Estos autores señalan que forma parte de la vida cotidiana, de ciclos ceremoniales y en México es la droga más consumida principalmente entre los hombres.

Al respecto del complejo alcohol-violencias hay estudios que muestran que los hombres alcoholizados o no, matan fundamentalmente a otros hombres, mientras que a las mujeres las golpean, las violan pero las matan mucho menos (MENÉNDEZ E. - DI PARDO R.B. 1988: 52). Si bien existen evidencias de la presencia del alcohol en el ejercicio de la violencia mascu-

lina, es necesario realizar mayores estudios de esta asociación. En este trabajo se integró el consumo de esta droga como un aspecto que permite exponer prácticas y representaciones que expresa códigos de género.

### *La investigación en campo*

La entrevista en profundidad permitió recuperar las narraciones masculinas y adentrarme en el estudio de las representaciones y las prácticas para hacer comprensible los condicionamientos socioculturales presentes en su comportamiento y en la forma de entender y practicar las relaciones intergenéricas.

Desde el inicio de la investigación busqué la forma de tener acceso a las instancias que tienen programas para hombres agresores en el contexto de la violencia doméstica, pero la respuesta a mi petición fue negativa. Ante las dificultades que se estaban presentando para tener acceso a los informantes, empecé a considerar otras posibilidades. Una opción que hasta entonces no había explorado, fue la del grupo Neuróticos anónimos. Esta es una asociación civil que trabaja con grupos de autoayuda en favor de quienes tienen problemas en el manejo de sus emociones. Ante la petición de contactar parejas, me informaron que no era posible ya que la mayoría de los hombres que llegaban al grupo por su problemática de violencia estaban separados o divorciados. Por estas razones sólo me apoyarían en el contacto de hombres. Prácticamente me mantuve al margen en la elección de los informantes. De manera que los perfiles fueron heterogéneos en cuanto a estrato social, ocupación, edad y escolaridad lo cual, lejos de representar una limitante, enriqueció el estudio debido a que las similitudes de género encontraban mayor relevancia dentro de las diferencias del perfil de los sujetos.

El apoyo de este grupo fue la oportunidad que encontré para tener un acercamiento real con hombres que ejercieron violencia hacia su pareja y que al momento de la entrevista ya habían parado la violencia. Sin embargo, era necesario tener en cuenta que los entrevistados tenían la particularidad de que al momento de la entrevista eran miembros de dicha agrupación por lo que sus representaciones estarían atravesadas por contenidos terapéuticos. Además, el transcurrir del tiempo pondría sesgos en la memoria; habría olvidos conscientes e inconscientes y estarían presentes sus propias reflexiones sobre su comportamiento producto del trabajo terapéutico. A pesar de estos inconvenientes, este grupo de hombres representó la única fuente de información con que contaba en ese momento. La ventaja

más evidente era que estos sujetos se reconocían como hombres que habían ejercido violencia en contra de la mujer durante su convivencia conyugal y habían hablado frente a otros su problemática, lo que daba mayores posibilidades de que narraran con una mayor soltura su historia personal. Esta disposición era difícil de encontrar en hombres que seguían ejerciendo la violencia.

Una desventaja de trabajar con los hombres de esta agrupación es que no contaría con el testimonio de sus parejas, por lo que el estudio adolecería de la narrativa femenina que en un principio estaba contemplada en el proyecto. Sólo contaría con el testimonio masculino; sin embargo, ello no implicó que se dejara de conocer algunas prácticas y representaciones de la mujer desde la perspectiva de los hombres.

*A continuación expongo las características generales de cada uno de los informantes*

Adolfo, 45 años y casado con tres hijos. Al momento de la entrevista vivía con su esposa y dos de sus hijos. Tiene 24 años de casado. Es pintor automotriz y trabaja por su cuenta. No terminó de estudiar la educación básica; sólo concluyó el primer grado de primaria; dijo saber leer pero tiene dificultades para escribir. Sus padres son procedentes de un rancho de Guanajuato. Desde que recuerda, vivió en condiciones de pobreza, aunque señala que ahora vive mejor que antes.

Ezequiel, 48 años, divorciado con tres hijos. Al momento de la entrevista vivía solo. Estuvo casado durante trece años. Realizó estudios universitarios. Es abogado. Su madre es procedente de Tepic y su padre de Guadalajara, ambos concluyeron estudios de secundaria y desde que él recuerda se dedicaron al comercio. Tiene ocho hermanos, cuatro mujeres y cuatro hombres; es el hijo más chico. Se considera de estrato socioeconómico medio sin embargo, su familia tuvo dificultades económicas a la muerte de su padre.

Joel, 36 años de edad, separado de su primera esposa y actualmente vive en unión libre con Lucía contra quien ejerció violencia. La pareja ha estado unida por once años. Tiene seis hijos. Realizó estudios de secundaria. Sus padres al igual que él son procedentes de un poblado de Zacatecas. Es el mayor de nueve hermanos, dos mujeres y siete hombres. Durante la convivencia con su padre, madre y hermanos vivió en condiciones de pobreza.

José, 50 años de edad, padre de tres hijos. Estaba divorciado de Isabel, pareja contra quien ejerció violencia durante la unión conyugal. Estuvo casado con ella catorce años. Al momento de la entrevista vivía solo. Era analista programador y también desempeñaba labores de contador público. Realizó estudios a nivel superior de medicina pero no concluyó la carrera. Proviene de una familia de bajos ingresos pero con el tiempo la situación de la familia mejoró.

Rodrigo, 38 años, dos hijos y separado de su esposa, con quien estuvo casado por diez años. Estudió la carrera de relaciones internacionales pero no la terminó. Al momento de la entrevista vivía con su madre, una de sus hermanas y su hermano. Trabajaba en una empresa como ejecutivo de ventas. Provenía de una familia de profesionistas, su padre y madre tenían estudios de posgrado.

Todos los entrevistados, excepto Joel, señalaron haber ejercido violencia en contra de la mujer desde los inicios desde la relación conyugal, e incluso desde el noviazgo.

### *La familia de origen, el vecindario y la escuela*

Como parte de los resultados de investigación encontramos que efectivamente los hombres asociaron lo masculino a una serie de prácticas, símbolos, ideas, valores y creencias que se diferencian de lo femenino o al menos, de lo que en su representación se relacionó con ello. Buscaron la supremacía en las relaciones intergenéricas, en donde existió una mayor valoración de los desempeños y atributos relacionados al trabajo remunerado y a la fortaleza física. Asimismo, distinguieron prácticas que eran permitidas para ellos pero censuradas para la mujer como las relaciones premaritales, extramaritales y el consumo de alcohol. Otro aspecto fue el carácter conflictivo del poder y el ejercicio de éste. En reiteradas ocasiones, ser un hombre con poder era reafirmarse a sí mismo y frente a los demás mediante prácticas vinculadas a la dominación femenina, imposición de voluntad a los hijos e hijas y en casos extremos, el uso de la violencia. Estas consideraciones constituyeron un primer acercamiento a las imágenes de la masculinidad de los entrevistados.

Para la mayoría de los hombres, la pobreza fue el primer encuentro con la violencia cuando fueron niños. Las precarias condiciones de vida que la mayoría padeció los obligaron a salir de casa desde muy temprana edad en la búsqueda de ingresos para apoyar a la familia (razón por la que dos de ellos abandonaron sus estudios). Asociado a esto, vivieron las frecuentes

ausencias del padre, su irresponsabilidad económica y el consumo de alcohol. La relación establecida entre el padre y la madre, en la mayoría de los casos, fue conflictiva; en algunos, por los problemas económicos y, en otros, por la ausencia de afectividad positiva entre los cónyuges “en algunas parejas se combinaron ambas situaciones”. Esto se traducía en un permanente malestar en la relación intergenérica que, en algunos casos, derivó en violencia física del padre hacia la madre.

La segregación de prácticas domésticas y extradomésticas remuneradas, para la mujer como ama de casa “aunque con participación económica” y para el padre como proveedor económico, estableció una relación desigual, que en la representación de los niños significó una separación de los desempeños de género con una mayor valoración por el trabajo masculino remunerado que estaba acompañado del ejercicio del poder mediante el uso de la fuerza física.

Los niños desde su infancia convivieron con mujeres y hombres adultos que desplegaron sobre ellos prácticas violentas. La violencia ejercida por parte del padre en contra de los niños tuvo dos características principales: los golpes y la ausencia de afectividad y la afectividad alcoholizada. Esta se distinguió por un sistemático rechazo a cualquier muestra de contacto físico entre padre e hijo, producto de prejuicios y estereotipos de género que alejaba a los niños de una relación de afectividad. En algunos casos, el acercamiento físico y emocional se dio cuando el padre se encontraba un poco alcoholizado. Para estos hombres, la ingesta de alcohol empezó a vivirse como un permisivo de la afectividad masculina ya que posibilitó el contacto físico con los hijos mediante juegos, roces, tocamientos y, a veces, charla afectiva. Pero estas eventuales formas de demostración de afectividad podían verse alteradas tanto por la cantidad de ingesta de alcohol como por el ambiente familiar. Cuando los padres tuvieron una mayor ingesta y la relación conyugal era conflictiva, el padre fue agresivo y violento. El consumo del alcohol fue una constante en las diferentes etapas de su vida, primero como testigos del consumo y como sujetos que vivieron las consecuencias violentas de las prácticas de un padre alcoholizado y después como consumidores de alcohol, algunos de ellos a temprana edad.

La violencia que algunas madres ejercieron en contra de los niños se caracterizó por la carencia de afectividad, la propinación de golpes, el maltrato emocional mediante las amenazas, los insultos, las groserías, la manipulación emocional y la indiferencia. Hubo dos casos en que los niños padecieron abuso sexual realizado por mujeres. Esta gama de agresiones alimentó el miedo al rechazo femenino y el cuestionamiento del valor de su imagen.

Un aspecto que inicialmente no estuvo contemplado en el proyecto y que surgió desde las primeras entrevistas fue el asunto de la apariencia física. Encontré que una parte de la estima masculina estuvo asentada en el valor que le otorgaban al color de la piel, privilegiando lo blanco o “güero” (rubio) sobre lo moreno, la belleza o fealdad física, el prestigio social que de ello derivaba y el estatus que veían en un mayor poder adquisitivo. A menudo, estos elementos se conjugaron de manera desfavorable en el valor de la autoimagen de los hombres.

El ejercicio del poder en la familia de origen estuvo pautado por la posición que los niños ocupaban en la jerarquía y el contexto social. La presencia o ausencia del padre en el hogar pautaba los rangos. Cuando él estaba en casa ocupaba la mayor posición, subordinando a la mujer y a los hijos. Pero en su ausencia, la madre ocupaba la mayor jerarquía, tomaba decisiones y también ejercía violencia. Por su parte, cuando los niños estaban con sus hermanos menores, fuera de la vigilancia materna y paterna, la relación asimétrica se revertía ya que, en algunos casos, los hermanos también padecieron la subordinación y la violencia.

De las relaciones sostenidas con miembros de la familia extensa, las abuelas fueron personajes relevantes que procuraron bienestar emocional y protección a los niños, pero simultáneamente fue significada como agresora y dominante. Esto generó sentimientos ambivalentes, especialmente porque representó una figura con prácticas duales: una mujer protectora con los niños pero al mismo tiempo, agresora y rechazante con los hombres adultos.

Espacios como la escuela y el vecindario, no representaron nuevas formas de relación alejadas de la violencia; por el contrario, en algunos casos, otorgaron condiciones para que ésta se fomentara y reforzara como una forma de defensa ante las agresiones externas y, en otros, pautó una imagen masculina basada en el uso de la fuerza. Ser testigo de prácticas violentas entre los hombres del vecindario o familiares resultó tan importante como la violencia padecida en carne propia. Por otra parte, cuando los niños salieron a la calle, vieron la posibilidad de ejercer poder demostrando sus habilidades físicas en los enfrentamientos con los demás niños. Se vivió como una oportunidad de enfrentar el miedo y provocarlo en los demás y con ello evitar ser sometido nuevamente como lo padecieron en el hogar.

Las diferentes descripciones narradas por los varones advierten de qué manera hombres y mujeres tienen la posibilidad de ejercer poder, pero la forma de ejercerlo varía según las condiciones que tienen los sujetos sobre

quien se ejerce. El poder masculino ejercido en contra de la mujer en la relación padre/madre, así como el que las madres y los padres ejercieron sobre los niños, es una expresión de la desigualdad social y económica que prevalece en la estructura social y que permea las relaciones inter e intra-genéricas. Si bien en los casos estudiados la mayoría de los padres trataron de imponer su voluntad a la esposa e hijos con autoritarismo y a veces con violencia física, la mujer, a su vez, también agredió física y emocionalmente a los niños, quienes representaban el peldaño social más vulnerable en la jerarquía de estas familias.

### *La elección de la pareja y el noviazgo*

Cuando los hombres eligieron a la mujer con quien más tarde establecerían la relación conyugal, existió inseguridad respecto a la aceptación por parte de ella y con frecuencia dudaban sobre el valor de su imagen como varones, especialmente en lo que respecta a su apariencia física. En los primeros encuentros, la mujer les atrajo físicamente pero al mismo tiempo, sentían que el valor de su imagen estaba por debajo de la de ella, debido a las diferencias de color de piel, ojos, cabello o porque la consideraban más atractiva de lo que ellos se percibían. Esta representación les provocó inseguridad y aunque sabían que ella les gustaba, les daba miedo ser rechazados. Una manera de enfrentar dicho temor fue por medio de la ingesta de alcohol. En algunos casos, el acercamiento a la mujer se hizo cuando los hombres habían tomado, lo que representó una forma de atreverse a entablar la relación y buscar la aceptación femenina. Con el avance de la relación, algunos se sentían insatisfechos con ciertos comportamientos de la pareja; sin embargo, permanecieron en la relación. Su malestar se hizo más evidente cuando empezaron a padecer los celos. Simultáneamente a este sentimiento buscaron la manera de revalorar su imagen que estaba en constante amenaza por la presencia real o imaginaria de otro hombre que entró en rivalidad por los afectos de la mujer.

La continuidad del noviazgo estuvo influenciada porque la mujer aceptó los deseos y la voluntad del hombre, experiencia que hasta entonces había sido un tanto desconocida por ellos y, en donde colocaron gran parte del valor de su imagen. En la mujer elegida, los jóvenes vieron la posibilidad de ejercer su poder mediante la búsqueda de la exclusividad sexual, emocional y como proveedora de cuidados y afectividad. Pero al mismo tiempo, prevalecía un malestar originado por el miedo al rechazo, a la posibilidad del ejercicio activo de la sexualidad femenina, sentimientos de celos y temor al abandono.

La construcción social de la imagen femenina y masculina nutrida desde las relaciones primarias repercutió de manera desfavorable en la forma en que los hombres trataron de establecer la relación con la novia. Para la mayoría de los entrevistados, la figura de la mujer resultó problemática debido, en gran parte, a las ambivalencias y conflictos intergenéricos vividos desde la niñez encarnados en una imagen femenina ambivalente “como la madre o la abuela”: por un lado, sumisa y subordinada a la voluntad masculina, y por el otro, con capacidad de ejercer poder y ser violenta. De cualquier manera, estaban interesados en encontrar la aceptación femenina y lograr un mayor valor de su imagen. Sin embargo, el hecho de que la mujer aceptara tener una relación de noviazgo involucró una serie de conflictos intergenéricos producto de las desigualdades asignadas a un género y otro, especialmente en torno a la virginidad y las relaciones premaritales.

El ejercicio de la sexualidad “heterosexual” estuvo asociado a una serie de creencias e ideas que se dirigían a una mayor apertura para los hombres que para las mujeres. Buscar la intimidad sexual con la mujer se constituyó una vía para confirmar su imagen masculina y tener control sobre el cuerpo femenino. Fue una manera de asegurarse de que los demás hombres y la mujer no tuvieran una idea “equivocada” de su preferencia sexual. Pero al mismo tiempo, la experiencia en este terreno – antes de conocer a su pareja – fue por demás difícil y escasamente gratificante. En algunos casos, la iniciación sexual con mujeres prostitutas fue un evento que los alejó de contenidos afectivos; involucró situaciones para la demostración de la capacidad sexual, existiendo poco agrado hacia la mujer. En otros, los encuentros íntimos a menudo se asociaron a los sentimientos desagradables generados años atrás, como en los casos en que hubo abuso sexual. Así, la vida emocional de los informantes en la juventud estuvo acompañada de situaciones conflictivas, dolorosas y muchas veces angustiantes en las que poco tuvo que ver la afectividad y el placer sexual.

Por el lado del ejercicio de la violencia en el noviazgo, encontré que estuvo relacionada con la no-virginidad de las mujeres, los celos y en general, con el control de la sexualidad femenina. Esto último fue el aspecto más crítico en el que los hombres vieron confrontadas sus representaciones de género ante las prácticas femeninas.

Las ideas sobre lo que “debía ser” una mujer y lo que en la práctica se daba, les provocó un constante malestar que formó parte de su padecer. Ante esto, no poseían alternativas de solución alejadas de la búsqueda del poder debido a una socialización que restringió las prácticas y situaciones de equidad. Desde niños habían padecido las decisiones unilaterales, el autoritarismo femenino y masculino; pero también durante sus relaciones

primarias trataron de ganar espacios para ejercer poder, la mayoría de las veces, usando la fuerza física sobre los que se percibían como débiles. Para estos hombres, el hecho de que la mujer permitiera reclamos, recriminaciones y el control sobre su sexualidad, le dio mayores posibilidades de dominio y lograr una imagen con mayor valor, lo que al parecer no encontró cuestionamiento por parte de la mujer durante el noviazgo.

En la elección de la pareja intervinieron de manera importante ciertos atributos de la novia que les proporcionó seguridad, como el hecho de que ellas tuvieran una menor escolaridad; creer que por ser del mismo estrato socioeconómico se entenderían mejor; saber que estaba sola en la ciudad - sin familia y sin posibilidad de ayuda, por ejemplo frente a un embarazo o bien, darse cuenta de que a pesar de los malos tratos, ella no abandonaría la relación. Cabe destacar que por su parte, las mujeres posiblemente, vieron en estos hombres cierto atractivo – además del físico –, como la posibilidad de ser sostenidas económicamente; de mayor oportunidad de ascenso social “en el caso de los profesionistas” y cumplir sus expectativas de matrimonio y maternidad. Aún cuando los hombres dijeron que querían unirse a la mujer, señalaron que tuvieron sentimientos ambivalentes y de incertidumbre sobre la aceptación femenina y las responsabilidades económicas que tendrían en el matrimonio.

### *La relación conyugal*

La violencia masculina en la vida conyugal fue el resultado de una serie de articulaciones entre las representaciones de género construidas a lo largo de su socialización en la niñez y juventud, las condiciones materiales de vida y el consumo de alcohol. Una vez establecida la relación conyugal, los desempeños de género, domésticos y extradomésticos, fueron el inicio de una serie de desigualdades al interior de la relación que pautaron una asimetría en el valor del trabajo extradoméstico remunerado sobre el doméstico no-remunerado, en la toma de decisiones, el ejercicio del poder y las expresiones de afectividad y violencia.

Gran parte de la construcción de la imagen masculina estuvo articulada a la imposición de sus criterios y a la capacidad de influir en las acciones de la mujer. La búsqueda del poder involucró una serie de acciones tendientes a limitar el libre albedrío de la pareja que en numerosas ocasiones derivó en violencia. En todos los casos se registró violencia física, maltrato emocional y acciones encaminadas al aislamiento social. Sobre los motivos detonantes de la violencia estuvieron los celos, la negación de la cónyuge

para tener relaciones sexuales, los problemas económicos y las demandas femeninas para tener igualdad en las libertades, por ejemplo, para trabajar o mantener las relaciones con la familia de origen. Los episodios de violencia, a menudo, constituyeron momentos de placer para los hombres al sentirse “poderosos” y dominantes logrando con ello, al menos momentáneamente, un mayor valor de su imagen masculina.

El siguiente cuadro sintetiza las creencias, tradiciones e ideas que los hombres tenían en torno a ser mujer/esposa y a ser hombre/esposo.

*Representaciones sobre “Ser hombre esposo” y “Ser mujer esposa”, según los hombres.*

Informante	Ser hombre / esposo	Ser mujer / esposa
Rodrigo (38 años, ejecutivo de ventas)	«El que proveía y ejercía el dominio»	«Ser sumisa, dominada o que se dejara dominar, que no cuestionara; un papel pasivo simplemente»
Ezequiel (48 años, abogado)	«...el que proveía y ejercía autoridad en una familia, al que la esposa le da la razón siempre aunque no la tenga»	«Ser la encargada de las labores en el hogar, atender la casa y tener los alimentos»
José (50 años, contador)	«...se le debe obedecer, la parte esencial de toda la familia, lo principal en todos los aspectos, que no se le debe agredir, que se le debe respetar por parte de la mujer»	«...que me sirviera [...] que me sirviera sexualmente, que prácticamente me sirviera y me escuchara; que me obedeciera»
Joel (36 años, comerciante)	«El que mandaba en la casa y el que proveía la casa; el que más trabajaba para mantener a su familia, que se embriagaba y que andaba con viejas»	«La persona que asistía al hombre, que se casaba con él y hacía todo en el hogar, las cosas que se tenían que hacer para los hijos y procrear hijos y nada más»
Adolfo (45 años, pintor automotriz)	«El hombre tenía que hacerse responsable del trabajo, de dar un gasto»	«Una mujer no tiene los mismos derechos que un hombre; yo la tenía en un concepto de ama de casa»

Fuente: RAMÍREZ Martha A. 2002, 174.

La primera cuestión que destaca de las opiniones de los entrevistados es que aparecen constreñidas al estereotipo de que el hombre/esposo tiene como principal obligación proveer materialmente el hogar y es quien debe mandar en la casa, ejercer el poder y a quien se le debe obedecer. En contraste, la opinión acerca de la mujer esposa se limita a la persona que

hace las actividades en el ámbito doméstico y debe subordinarse a la voluntad masculina. A decir de estos hombres, la esposa debía ser sumisa y dominada sin derechos ni posibilidad de autonomía ni capacidad de decisión. En algunos casos ser madre trabajadora fuera de casa no implicó una distribución equitativa de las tareas al interior del hogar en el que participaron el padre, los hijos y las hijas. Por el contrario, los hombres se mantuvieron alejados de las tareas domésticas y cuando las llegaron a realizar sólo fue de manera eventual o como una ayuda.

Asociado al ejercicio del poder y a las prácticas violentas, ellos narraron una serie de sentimientos de malestar como la inseguridad, miedo a no desempeñarse adecuadamente en el aspecto económico y sexual; temor a la infidelidad y al abandono femenino y a tener una imagen débil frente a los demás. Todo ello formó parte de su padecer que se agudizó especialmente cuando experimentaron los celos. Constantemente señalaron el temor de que su pareja tuviera relaciones extramaritales con otro hombre. Este sentimiento estuvo articulado a la vergüenza que les provocaría que personas de su medio social se enteraran de la infidelidad porque ello pondría en entredicho su capacidad sexual y como proveedor económico. Pensaban que esto les haría perder prestigio frente a otros hombres. En la base de la inseguridad estaba la insatisfacción de su apariencia física “recordemos que rechazaban el color moreno de su piel y sus atributos físicos” y el temor a sentirse dominados como alguna vez lo padecieron en su niñez.

El desempeño de proveedor económico fue un elemento que asociaron con la imagen de ser hombre cónyuge y que propició un mayor dominio sobre la mujer; lo significaron como una demanda social y una responsabilidad ante la familia, pero al mismo tiempo, fue vivido con cierto malestar. En algunos casos, narraron haberse sentido obligados y presionados, especialmente cuando se padeció pobreza en la niñez o bien, experimentaron angustia en aras de cubrir las necesidades de los miembros de la familia ante el constreñimiento económico que en algunos casos imponía la pobreza.

El consumo de alcohol en la vida conyugal constituyó un permisivo multifuncional de las emociones masculinas que en los casos estudiados estuvo asociado a tres aspectos: 1) como medio de socialización entre hombres (relación suegro/yerno); 2) en la expresión afectiva que permitió manifestar verbalmente palabras cariñosas y, en ocasiones, establecer intimidad sexual con la mujer y, 3) en las prácticas de violencia que aún cuando le restaron importancia, reconocieron que con ingesta de alcohol, la violencia era explosiva y repentina. En cualquiera de estos casos, el alcohol fue

un recurso que facilitó la expresión emocional, esfera en la que los sujetos estuvieron constreñidos por sus representaciones de género.

El ejercicio de la violencia se vió reforzado socialmente porque hubo un contexto que lo toleró y no lo enfrentó con firmeza. La instigación, la tolerancia y el silencio femenino, especialmente de los familiares cercanos a la pareja, fueron prácticas en las que no se cuestionó la violencia masculina; por el contrario, se permitió.

La desestructuración de la relación poder masculino/subordinación femenina estuvo pautada por la ruptura de la relación, definida por la defensa de la mujer y, en algunos casos, por el abandono. Los hombres vieron mermado su poder y el ejercicio de la violencia ante el comportamiento femenino que empezó a manifestarse en contra del maltrato. Este cuestionamiento puso en jaque el poder masculino y con ello los elementos que le daban soporte a su imagen masculina. Esto les generó malestar debido a que la figura que les posibilitaba sentirse y verse como hombres con poder ya no estaría a su lado y no les permitiría una agresión más. Ante esto, ellos iniciaron otra etapa de su vida en la que buscaron ayuda y recorrieron un largo proceso de reconocimiento y trabajo sobre el padecer y el ejercicio de su violencia.

Como conclusión general propongo que la violencia en la niñez no se limitó a los golpes que se padecieron en carne propia sino que se extendió a otras formas de violencia como la económica, emocional, sexual, carencia de afectividad y afectividad alcoholizada. Estas violencias no sólo fueron ejercidas por el padre y la madre sino también por otras figuras masculinas y femeninas tanto en el ámbito doméstico como extradoméstico. El padecimiento de éstas pautó representaciones conflictivas caracterizadas por un constante miedo al sometimiento y, al mismo tiempo, por el intento de dominar a otros, especialmente los que se percibían como los más vulnerables. La violencia conyugal involucró una incesante búsqueda de una imagen masculina socialmente valorada a través del ejercicio del poder.

Cabe subrayar que la construcción social de los hombres entrevistados fue una experiencia de vida compleja desde su niñez, pautada por un conjunto de prácticas y representaciones que se movieron en varias dimensiones como el desempeño de proveedor económico, la constante búsqueda de la aceptación sexual y afectiva femenina; la búsqueda de la subordinación femenina y de los hijos(as); pero al mismo tiempo, con sentimientos de miedo y malestar al abandono femenino, y a ser identificado con un comportamiento feminizado.

Finalmente, es importante señalar que es necesario realizar mayores estudios sobre la construcción de la violencia masculina en los diversos ámbitos de ocurrencia (familia, escuela, trabajo, comunidad), incorporando la perspectiva de género y ampliando el horizonte de posibles líneas de intervención en políticas públicas.

## Bibliografía

- BONINO Luis (2008), *Hombres y Violencia de Género. Más allá de los maltratadores y los factores de riesgo*, Ministerio de Trabajo e Inmigración / Ministerio de Igualdad, Madrid.
- ARENDET Hannah (1970), *Sobre la violencia*, Ed. Joaquín Mortiz, México, pp. 35-52.
- CAREAGA Gloria - CRUZ Salvador (2006), *Debates sobre masculinidades*, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género, México.
- CARRIGAN T. - CONNELL B. - LEE J. (1992), *Toward a new sociology of masculinity*, en *The making of masculinities. The new men 's studies*. Routledge, Chapman and Hall Inc.
- CONNELL R.W. (1997), *La organización social de la masculinidad* en VALDÉS Teresa - OLAVARRÍA José (editores), *Masculinidad, poder y crisis*, Isis Internacional, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Santiago de Chile.
- CORNWALL A. - LINDISFARNE N. (1994), *Dislocating Masculinities. Gender, power and anthropology*, en *Dislocating masculinities*, Routledge, New York (Comparative Ethnographies).
- CORSI Jorge (compilador) (1994), *Una mirada abarcativa sobre el problema de la violencia familiar en Violencia familiar una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACIÓN (2009), *Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia*, Febrero de 2007, última reforma 20 de enero de 2009, Secretaría de Gobernación, México.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (INEGI) - INSTITUTO NACIONAL DE LAS MUJERES (2006), *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares*, México.
- FOUCAULT Michael (1988), *El sujeto y el poder*, "Revista Mexicana de Sociología", año L, núm. 3, julio-sept 1988, Instituto de Investigaciones Sociales - Universidad Nacional Autónoma de México.
- GENOVÉS Santiago (1993), *Expedición a la violencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, México (Colección popular, 453).
- GOMÁRIZ Enrique (1992), *Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas*, Servicio de Información y Comunicación de las Mujeres Internacional, núm. 17, Santiago de Chile.
- GUTMANN Mathew (2000), *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, El Colegio de México, México.
- KAUFMAN Michael (1989), *La construcción de la masculinidad y la triada de la violencia masculina en Hombres. Placer; poder y cambio*, Centro de Investigación para la Acción Femenina, Santo Domingo.
- LINDISFARNE Nancy (1994), *Variant masculinities, variant virginites. Rethinking 'honour and shame'* en *Dislocating masculinities*, Routledge, New York (Comparative Ethnographies).
- KIMMEL Michael (1997), *Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina* disponible en: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Kimmel.pdf>, [Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales, tomado de VALDÉS Teresa - OLAVARRÍA José (editores.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Servicio de Información y Comunicación de las Mujeres - Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ediciones Mujeres, Chile].

- KLEINMAN Arthur (1988), *The meaning of symptoms and disorders*, en *The illness narratives. Suffering, healing and the human condition*, Basic Books, New York.
- MENÉNDEZ Eduardo - DI PARDO René B. (1998), *Violencias y alcohol. Las cotidianidades de las pequeñas muertes*, "Revista Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad" (El Colegio de Michoacán), vol. XIX, n. 74, primavera 1998, México.
- NATERA, Guillermina - TIBURCIO M. - VILLATORO J. (1997), *Marital violence and its relationship to excessive drinking in Mexico*, "Contemporary Drug Problems", n. 24, 1997.
- RAMÍREZ Martha - A. (2002), *Hombres Violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*, Ed. Plaza y Valdés - Instituto Jalisciense de las Mujeres, México.
- YOUNG, Allan (1982), *The anthropologies of illness and sickness*, "Annual Review of Anthropology", vol. 11, 1982, pp. 257-285.

## Nota sobre la Autora

Martha Alida Ramírez Solórzano nació en 1966 en la Ciudad de México. Es licenciada en Sociología por la Facultad de Ciencias políticas y sociales de la Universidad nacional autónoma de México (UNAM). Realizó estudios de maestría en Antropología Social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), sede Distrito Federal. Se ha especializado en temas relacionados con derechos humanos de las mujeres y políticas públicas; violencia familiar y masculinidades; así como institucionalización y transversalidad de la perspectiva de género. Ha sido docente en la Facultad de Ciencias políticas y sociales de la UNAM y realizado investigación en instituciones como El Colegio de México, Instituto nacional de salud pública, Secretaría de salud, Programa de estudios de género de la UNAM.

En la administración pública ha trabajado en el ámbito municipal, estatal y federal. Del año 2002 al 2005 se desempeñó como coordinadora de planeación, seguimiento y evaluación del Instituto jalisciense de las mujeres (IJM). Entre sus publicaciones están: *Hombres Violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*, editado por Plaza y Valdés - IJM, 2002. *Guía para la planeación con perspectiva de género*, IJM, 2003; *Violencia en casa. Guía informativa para su Prevención y Atención*, Comisión de Equidad y Género - Inmujeres, 2001. En 2007 realizó la investigación Crónica de una historia de equidad. Avances, logros y desafíos de la institucionalización de la perspectiva de género en Jalisco, 2002-2007. De 2007 a 2008 se desempeñó como directora de Capacitación y desarrollo de metodologías en el Instituto nacional de las mujeres (México), donde coordinó la *Guía metodológica para la sensibilización en Género* (Inmujeres, 2008) y el *Glosario de Género* (Inmujeres, 2007). Actualmente es asesora de presidencia de este mismo Instituto. Ha sido ponente en diversas conferencias, talleres y seminarios.

## Resumen

### *Entre el poder y el padecer; un estudio sobre la construcción social de la violencia masculina*

El objetivo de este artículo es estudiar la trayectoria social de la violencia padecida y ejercida de un grupo de hombres que agredieron a la mujer durante la relación conyugal. Escrito bajo la mirada antropológica, se busca desarticular la visión, a veces inevitable, que se crea alrededor de la mujer que padece violencia como la víctima y del hombre agresor como el victimario.

El estudio pretende dar una perspectiva relacional en tres sentidos: 1) el establecimiento de conexiones entre una socialización en la niñez pautada por las desigualdades de género y sus repercusiones en la vida adulta. Se retoma la perspectiva de género como un eje articulador de inequidades y discriminación tanto al interior de la familia como en ámbitos extradomésticos, vinculado con el aspecto económico. 2) El consumo de alcohol se analiza como un elemento que permite y justifica la violencia hacia las mujeres, señalando que no es una causal. 3) La violencia se plantea como un asunto de poder que pauta las relaciones inter e intragenéricas, que se construyen desde diferentes espacios sociales como la familia, la escuela y el vecindario con significados específicos que inciden en la construcción social de los hombres violentos.

El poder y la violencia se analizan como asuntos dinámicos y problemáticos. Ante esta dualidad, se estudia el padecer de la violencia “sentida y ejercida” como un aspecto que permite adentrarse en los conflictos y el malestar de los hombres entrevistados. La escasez de estudios de corte cualitativo y cuantitativo en México en este tema, fue lo que animó la realización de este trabajo. La investigación se realizó en la Ciudad de México con una metodología cualitativa mediante entrevistas a profundidad a cinco hombres con diferente perfil socioeconómico y escolaridad. Debido a las dificultades encontradas en campo para contactar a grupos de hombres que trabajaran para parar su violencia, acudí a un grupo de Neuróticos anónimos. En esta asociación pude contactar a cuatro hombres, quienes en ese momento estaban en grupos de autoayuda. El quinto entrevistado lo contacté a través del Centro integral de atención a la mujer de la delegación Tlalpan, quien también estaba en un grupo de autoayuda. Los hallazgos mostraron que la violencia masculina en la relación conyugal tuvo una trayectoria social en la que se padeció la violencia, desde la socialización primaria con la familia de origen y se reforzó en los contextos fuera del hogar caracterizado por relaciones jerárquicas y de poder/subordinación. Las representaciones y prácticas de una masculinidad conflictiva invitan a replantear el papel de los hombres violentos en la problemática de la violencia familiar y la necesidad de integrarlos a las políticas públicas para avanzar en la prevención, atención y erradicación de la violencia contra las mujeres.

## Riassunto

### *Tra il potere e il patire: uno studio sulla costruzione sociale della violenza maschile*

L'obiettivo di questo articolo è studiare l'itinerario sociale della violenza subita ed esercitata da un gruppo di uomini che hanno aggredito la propria moglie nel corso della loro relazione coniugale. Scritto in una prospettiva antropologica, l'articolo cerca di incrinare l'immagine frequente, spesso inevitabile, del marito aggressore e della moglie vittima.

Questa ricerca intende dare una prospettiva relazionale nei tre significati: 1) stabilire connessioni fra la socializzazione durante l'infanzia caratterizzata da una disuguaglianza di genere e le ripercussioni nella età adulta. La prospettiva di genere diventa un asse che articola l'ineguaglianza e la discriminazione tanto all'interno della famiglia quanto nell'ambiente extradomestico, in un intreccio con l'aspetto economico. 2) Il consumo di alcol è analizzato come elemento che consente e giustifica la violenza contro le mogli, in maniera non casuale. 3) La violenza diventa una questione di potere che caratterizza le relazioni inter/intra-genere, costruite a partire da spazi diversi come la famiglia, la scuola, il vicinato, con significati specifici che influenzano la costruzione sociale dell'uomo violento. Il potere e la violenza sono analizzati come questioni dinamiche e problematiche. In presenza di tale dualità viene studiata la sofferenza della violenza praticata e subita come un problema che consente di andare oltre i conflitti e il disagio dei maschi intervistati. La mancanza di studi in Mexico, sia qualitativi che quantitativi, su tali argomenti ha incoraggiato ulteriormente il nostro lavoro.

La ricerca ha avuto luogo a Città del Messico con una metodologia qualitativa attraverso interviste in profondità a cinque uomini dalle diverse condizioni socioeconomiche e di differente profilo educativo. Stanti le difficoltà di individuare sul campo uomini impegnati nel cercare di fermare la loro violenza, ho frequentato a tale scopo i Nevrotici Anonimi. In questa associazione ho contattato quattro uomini che in quel momento partecipavano ai gruppi di auto-aiuto. Il quinto intervistato è stato contattato attraverso il Centro di cura integrale per la donna, della delegazione di Tlalpan, che pure era un gruppo di auto-aiuto. I risultati mostrano che la violenza maschile nel rapporto coniugale ha un percorso che risale alla violenza subita fin dalla prima socializzazione nel contesto familiare, e rafforzata in contesti esterni alla dimensione domestica e connessi alle gerarchie dei rapporti di potere/subordinazione. Le rappresentazioni e le pratiche della mascolinità conflittuale ci invitano a ridefinire problematicamente la questione dei maschi violenti in famiglia, per sottolineare l'urgenza di politiche pubbliche avanzate sul terreno della prevenzione, della attenzione e della eradicazione della violenza contro le donne.

## Résumé

### *Entre le pouvoir et le souffrir: une étude sur la construction sociale de la violence masculine*

L'objectif de cet article est d'étudier le vécu social d'un groupe d'hommes qui ont été violents avec leurs conjointes durant leur relation conjugale. Rédigé au travers du regard anthropologique, cet article cherche à désarticuler la perception, parfois inévitable, que l'on a de la femme victime de violence et de l'homme agresseur. Cette étude prétend donner une perspective relationnelle à trois aspects: 1) l'établissement de liens entre une socialisation durant l'enfance marquée par des inégalités de genre et ses conséquences dans la vie adulte. On reprend la perspective de genre comme axe et articulation des inégalités et de discrimination tant dans la famille comme à l'extérieur et liés à des aspect économiques. 2) analyse de la consommation d'alcool comme un élément qui permet et justifie la violence faite aux femmes tout en signalant que ce n'est pas forcément un motif. 3) observation de la violence comme un moyen d'exercer le pouvoir dans les relations entre les générations et dans les générations et qui se construisent dans les différents espaces sociaux comme la famille, l'école et le voisinage impliquant une signification particulière à la construction sociale des hommes violents.

Le pouvoir et la violence s'analysent ici comme des questions d'ordre dynamique et problématique. Face à cette dualité, on étudie la violence (ressentie et exercée) comme un aspect qui permet de pénétrer les conflits et le mal être des hommes interviewés. Le peu d'études qualitatives et quantitatives faites sur le thème au Mexique a encouragé la réalisation de ce travail. La recherche a eu lieu dans la ville de Mexico selon une méthodologie qualitative basée sur des enquêtes approfondies auprès de cinq hommes de différents profils socioéconomiques et scolaires. Je me suis adressée à un groupe appartenant aux Névrosés Anonymes suite à des problèmes rencontrés sur le terrain pour trouver des hommes désireux de travailler à la disparition de leur propre violence. Dans cette association, j'ai pu me mettre en contact avec quatre hommes qui faisaient partie, à ce moment là, de groupes d'aide mutuelle. J'ai pris contact avec le cinquième homme par le biais du Centre Intégral d' Attention à la Femme (Centro Integral de Atención a la Mujer) de la municipalité de Tlalpan, cet homme appartenant aussi à un groupe d'aide mutuelle.

Les résultats de cette recherche démontrent que la violence masculine dans le couple a un lien avec le vécu de la première socialisation au sein de la famille d'origine puis se renforce en dehors du foyer dans des contextes hiérarchisés et de pouvoir/subordination. Les représentations et pratiques d'une masculinité conflictuelle invite à repenser le rôle des hommes violents dans la problématiques de la violence familiale et à envisager la nécessité de les intégrer dans les politiques publiques pour faire progresser la prévention, la prise en charge et l'éradication de la violence contre les femmes.

## Abstract

### *Between power and suffering. A study on the social construction of male violence*

The purpose of this article is to study the social development of violence endured and exercised by a group of men who attacked women during conjugal relationship. Written under an anthropological sight, it searches to break up the vision, sometimes inevitable, that is created around embarrassed women as victim and men as victimizer.

This research pretends to give a relational perspective in three meanings: 1) the establishment of connections among socialization during childhood marked due to the inequality in gender and the repercussions in adulthood. It is taken up the gender perspective as an axis of inequities and discrimination both inside the family and household environment, linked to the economic aspect. 2) The drinking of alcoholic beverages is analyzed as an element that allows and justifies the violence against women, not pointing this as accidental. 3) Violence is set up as a matter of power which marks the inter and intrageneric relationships, build up from different spaces such as family, school and neighborhood with specific meanings that influence the social construction of violent men.

The power and violence are analyzed as dynamic and problematic issues. In the presence of this duality, is studied the suffering of violence (felt and practiced) as a matter that allows to be beyond the conflicts and discomfort of the interviewed men. The lack of studies in Mexico in this qualitative and quantitative theme was the concern that encouraged the realization of this work.

The research took place in México City with a qualitative methodology through deep interviews to five men with different socioeconomic and education profile. Due to the difficulties on field to find a group of men working to stop their violence, I attended to Neurotics Anonymous. In this association I contacted four men, who in that moment were in these self-help groups. The fifth interviewed were contacted through the Tlalpan's Integral Attention Center for Women (Centro Integral de Atención a la Mujer de la delegación Tlalpan) which also is a self-help group. The finds showed that male violence in conjugal relationship has a trajectory where violence was suffered, and started in primary socialization with the family backgrounds and reinforced with contexts out of home due to the hierarchy and power/subordination relations. The representations and practices of a conflictive masculinity invites to redefine the violent men's roll in the family violence problematic and the need to be integrated to public politics to move forward in prevention, attention and eradication of violence against women.